



Maria de Toconce: "Teniendo harto ganado no se necesita marido"



Rosario Huaicha, de Achao: "Y nadie le sabe el enamorado"

MUJERES

¿Quién dijo débiles?

Testimonio humano de chilenas campesinas
recogen cuatro jóvenes investigadoras

POR ANA MARIA FOXLEY
"Aquellas que aisladas en el altiplano, rompiendo los surcos del valle central, animando los ritos mapuches, poblando los campamentos forestales y tejiendo bajo las lluvias de Chiloé, hacían sus vidas calladas", se abrieron al diálogo, y estamparon su testimonio oral que recogieron cuatro investigadoras del Programa de Estudios y Capacitación de la Mujer Campesina e Indígena (Pemci), de la Academia de Humanismo Cristiano.

El resultado fue un hermoso libro, con grabados de la artista Verónica Barraza y 37 testimonios agudos y conmovedores recopilados por Sonia Montecino, Macarena Mack, Kirai de León y Ximena Valdés, quien además actuó de coordinadora. "Cada vida era un microcosmos de denuncia, de experiencias y sentimientos", comentan. La investigación consistió en seguir "la huella de sus clamores", expresados en "un lenguaje de esperanzas".

Las mujeres aymaraes viven desde remotos tiempos dedicadas al cultivo de pobres alimentos y al pastoreo de llamas y cabras. Los relatos de María Berna y Gerónima Salvatierra develan un desolado

mundo donde los hombres y los jóvenes se sienten acorralados y casi siempre terminan emigrando a la ciudad. María, de Toconce y las vegas de Turi, retrata con crudeza la realidad femenina: "Hay muchas mujeres que son solas. Todos son solos aquí. Las vecinas p'allá son solas, no tienen maridos. Así vienen sus hijos... Teniendo harto ganado no se necesita marido".

"Las cosas de los antiguos"

Recuerda a su abuelo, que vino de Bolivia, y las enseñanzas ancestrales: "La otra abuela me decía que hilara, que me apurara. Ella era tejedora igual que mi mami. Sabía tejer muchas cosas. Antes tejían más, hacían costales, bolsas, fajas, *chuspas*, ponchos, frazadas, ¡puchas!, eran más tejedoras...". Decía: "hila, hila, usted nunca deje eso: eso es plata... Nunca esté esperando que te compre tu papá, hay que tejer y vender: ahí está la plata".

Ellas tejen su esperanza con palillos de cactus, y a veces, también celebran. "Para el enfloramiento, hay que ir al corral de

mañanita, a carnear en ayunas", cuenta María. "Saliendo del corral, *coqueando* (mascando coca), se viene a almorzar aquí; todas las visitas también tienen que almorzar. Después nos vamos al corral con todas las cosas: se llega con vino, con las flores, con coca, la bandera, el tambor. Allá se entra y se amarran al tiro las llamas para florear... Se florean los llamos mayores, se largan esos y se baila. Bailan los dueños de casa primero, después la visita. Ahí se comienza a bailar. Con guitarra se baila el del ganado. Ese baile es siempre dé atrás pa'delante, como un guainito. Cantan igual que en Carnaval. De ahí ya no se para el baile...".

No tienen otra recreación. Ella no conoce el cine ni el teatro. "Televisión veo, pero no puedo ver tanto: me duele la cabeza, me da sueño. Quedo sentada ahí durmiendo. Pierdo tiempo, siento que pierdo tiempo. Uno queda mirando y las cosas no se hacen na' ". Ella prefiere sus sueños y sus fantasmas: "Ahí en la orilla de la veguita se me apareció una cosa, no sé que sería; pero después ya no la vi más... No hay que tocar las cosas de los antiguos porque se enferman...".

"El diablo en vergüenza"

Más al sur las experiencias cambian. A unas mujeres de la zona central la reforma agraria las transformó en parceleras, a otras en asalariadas, a otras en emigrantes y pobladoras urbanas.

Lila Astorga fue inquilina en muchos fundos, tuvo tierras, las perdió, luchó por defender ante los patrones sus derechos

sociales. "Me casé en el 50; tuve catorce hijos y once están vivos... Debería haber una compensación al sacrificio de la vida ¡ah! que le viera el libro de la vida y al final, ¡la recompensa! Claro, porque el trabajo de la casa es como el de afuera, es lo mismo y no es pagao'... La vida de la mujer es ingrata, más ingrata que la del hombre. Sí pues, al final el hombre tiene su jubilación propia pa' vivir. Y una ¿qué? trabajando en la casa ¡qué jubilación va a tener!"

La vida de Leontina Leyton, del fundo Lo Hermida, tampoco está exenta de superstición: "La llorona y el diablo eran las dos cosas que más existían en Aguila Azul. Mi'amita dice que antes existía el diablo porque era más inocente. No como ahora, que el diablo se esconde de uno porque la gente está más diabla que él mismo; lo hacen lesa. El diablo queda ahora en vergüenza y dice: 'Qué voy a aparecer si me hacen lesa'".

Internadas en los bosques, las mujeres forestales forman parte de un fenómeno nuevo, que creció desde que algunos empresarios descubrieron las "ventajas comparativas" de la explotación de los árboles. Prudencia, María y Nena, se mantienen con trabajos de temporada, viviendo en campamentos, a veces con sus maridos y a veces solas, en jornadas itinerantes, de un bosque a otro.

Sus vidas son primitivas e inestables, aunque a veces la civilización logra penetrar, a través de la tele: "La compramos con la mortificación de los tres... cuando uno tiene radio, escucha; pero uno dice: ¿Cómo va a ser cierto todo eso? ¿Cómo todos los días de Dios van a pasar esas cosas? Pero ahora, desde que tenemos la tele, he comprobado que esas cosas pasan a diario. Son así: ¡no van a poner en las noticias algo que no haya sucedido!"

La esperanza de un destino mejor no la abandona: "Me hubiera gustado que él tuviera un trabajo que hubiera durado, para nunca más andar. Con un terrenito siembra la gente... Nosotros no queremos un gran sitio. Queremos un pedacito de tierra para poner la portátil y la cocina y tener donde vivir para no andar más andando..."

Sueños de tierra y mar

Las mapuches evocan en el libro su pasado de guerreros y ganaderos a campesinos míseros, acorralados por una sociedad que los rechaza. Allí los hombres detentan el poder, pero las mujeres controlan una economía de autoconsumo, con su huerta, sus animales y sus textiles. Ellas revitalizan su cultura, su lengua, sus dioses, manteniendo la tradición de ritos mágicos y religiosos que unen a la comunidad.

La experiencia de soledad de las chilotas las acerca a aquella de las aymaraes: los hombres parten, adentrándose en el mar en busca de mejor sustento y ellas



Mujer mapuche: manteniendo su tradición y su cultura

permanecen, manteniendo encendido el fuego del hogar y viva la tierra. Toman la yunta de bueyes, el bote, el tejido y salen a la feria a vender sus productos.

"Mi isla donde nací se llama Cahuash, es una isla de huilliches", cuenta Rosario Huaicha, en Achao. "El huilliche tomó ese rango de mapuche, pero tuvo también una mezcla con alacalufe. Por eso nos gusta trabajar en la tierra y nos gusta trabajar en el mar...". Las vivencias míticas de antaño aún están presentes en esas islas. Y ella cuenta por qué: "Los indios de la isla tenían su propia religión, no sé de dónde la habrán sacado... Cuando llegaron las misiones iban a rezar, a enseñar los rezos, para que no entrara el Malo. Porque siempre le tenían miedo al Diablo, a Satanás, al Brujo, al Hechicero. Le tenían miedo al Trauco, al Caleuche..."

No le falta el sentido del humor: "Uno de mis chiquillos lo tuve en Castro", cuenta, "estoy igual que en la cueca, y al otro lo tuve en Achao... Sí pues, la cueca dice que los amores una tuvo uno en Calbuco, otro en Achao, otro en Carahue y nadie le sabe el enamorado. Cuatro niños tuve en total".

Candelaria Uribe teje y teje. Pero no es-

tá muy contenta: "Ahora en el CEMA pagan por el PEM, antes pagaban por trabajo, por los tejidos que hacíamos y eso nos convenía... Aquí la juventud trabaja así (en el PEM) y todos tienen Cuarto Medio. Las mujeres trabajan en el hospital y les pagan por el Mínimo; a los hombres les pagan por arreglar piedras en los caminos. Muchos se lo pasan barriendo todo el día. ¡Si es como un afán de limpieza que les ha entrado!". Y pregunta preocupada: "Dígame usted, ¿dónde se ha visto? ¿qué destino va a tener la juventud?"

Las investigadoras aprendieron mucho en su contacto con estas mujeres que, aun sin mucha conciencia de su identidad y sus derechos, se mostraron lúcidas y fuertes. Una de sus conclusiones fue que "antes de cualquier cambio social es necesario que la mujer tome conciencia y se organice". Con ese fin, de las propias vivencias con las mujeres de cinco zonas del país, sacaron un cuento que ahora les sirve como incentivo para las discusiones en grupos femeninos. También piensan crear un diario de las comunidades donde trabajaron y producir con él un intercambio y conocimiento, para que no se sientan tan aisladas allá en el altiplano o entre las islas del sur. •